

Ana María Bidegain, dir.
Historia del cristianismo en Colombia. Corrientes y diversidad

Bogotá: Taurus, 2004.
509 páginas. ISBN: 9587042565

José David Cortés Guerrero
Universidad Nacional de Colombia

Estamos ante el libro dirigido por la profesora Ana María Bidegain (es importante tener en cuenta que se trata de una dirección y no de una compilación), que se nos ha presentado como una obra “con rigor académico y novedosos enfoques metodológicos”, que “alumbra la temática religiosa en nuestro país y brinda varios puntos para la comprensión de nuestra historia y diversidad”, tal como se anuncia en su contraportada. Esto nos indica que el texto debe ser tomado como la vanguardia y lo nuevo en los estudios sobre el cristianismo en Colombia, lo cual es considerado como su principal aporte, que se reforzaría teórica, conceptual y metodológicamente, además de su contenido, con el estudio de las corrientes religiosas dentro del cristianismo en Colombia, como una forma de comprender la historia del país. El eje central de reflexión es el análisis de las diversas corrientes religiosas y de su incidencia en las transformaciones históricas, advirtiendo que la primera aproximación a este campo se dio para el estudio de las corrientes en el catolicismo, y que, dada su supuesta aplicabilidad, esta categoría pasó a ser empleada también para el estudio del “desarrollo del conjunto del cristianismo en el país” (pp.10-11). Las corrientes, según Bidegain, “son diferentes maneras de interpretar el mensaje fundador en circunstancias históricas concretas. Interpretaciones, a su vez, condicionadas por las relaciones culturales, económicas, políticas, sociales, étnicas y de género, de los actores y actrices religiosos que producen estas interpretaciones” (pp.11-12). Así, cada uno de los capítulos de la obra nos debería mostrar el desarrollo de las corrientes religiosas y enseñar cómo, a partir de su estudio, se podría interpretar el contexto histórico en el cual se desarrollaron. En ese sentido, en la introducción del libro, Bidegain nos indica las distintas corrientes que cada uno de los autores abordará en sus respectivo capítulo. Veamos si el objetivo del libro se cumple.

La obra debe ser entendida en su conjunto, del principio al final, conectada con hilos hilvanantes que corresponden a las corrientes religiosas. Sin embargo, para reseñarlo, además de ver ese conjunto, es indispensable detenernos en las particularidades que nos brindan los capítulos. En el libro se prefirió el desarrollo lineal del fenómeno a estudiar, es decir, el recuento desde la Conquista hasta nuestros días. Aunque no aparezca así referenciado, aquí hemos preferido ver el texto en tres grupos: Conquista y Colonia (tres capítulos), Independencia y siglo

XIX (4 capítulos), siglo XX (5 capítulos). Para la Conquista y la Colonia se dedicaron tres capítulos escritos por Mercedes López, Constanza Reyes y Constanza Toquica. Según Bidegain, en ellos se estudiará la corriente erasmista-humanista así como diversos sincretismos religiosos, entendidos como corrientes, aunque no menciona cuáles, que se manifiestan en representaciones y expresiones religiosas (p.14). Además, Toquica estudiará el Barroco como movimiento cultural en la Colonia neogranadina (p. 14). Sin embargo, López y Reyes no se preocupan por estudiar las corrientes mencionadas en la introducción y no las emplean siquiera como categorías o como conceptos, tanto así que la palabra corrientes no aparece en ninguno de los dos capítulos. López se preocupó por estudiar las diversas experiencias empleadas por los religiosos en el proceso de conversión de los indígenas, mostrando divergencias en los métodos empleados para llevar a cabo esa conversión, sin indicar si esas diferencias pueden ser entendidas como corrientes. Incluso esas diferencias, más que obedecer a tendencias colectivas, podrían ser entendidas como esfuerzos de personalidades relevantes, tal como lo hace al ver el caso de los frailes Juan del Valle y Pedro de Aguado (p. 29). Por su parte Reyes estudió la metamorfosis de la organización religiosa como fuente de poder social que contribuyó a configurar y dinamizar la realidad de las poblaciones rurales del territorio neogranadino en los siglos XVI y XVII. Para ello detalló la forma como diversas órdenes religiosas entendieron al indio y lo adoctrinaron. Allí determina las diferencias entre comunidades religiosas en sus concepciones sobre la evangelización, pero nunca indica si esas diferencias aludían o no a corrientes religiosas.

Los dos primeros capítulos del libro son, individualmente hablando, buenos, se observa en ellos seriedad en sus autoras, tanto en los argumentos como en el manejo de las fuentes, pero infortunadamente no cumplen con el objetivo de la obra, con lo cual esta no inicia bien en su intención de mostrarnos y explicarnos las corrientes religiosas. Estos dos capítulos también nos muestran un problema que será común en el conjunto del libro y es determinar si los autores estaban convencidos del empleo del concepto de corrientes religiosas, pues pareciera que sus textos, por lo menos en estos dos casos, fueron escritos con otras intenciones metodológicas y conceptuales. El tercer capítulo de la obra fue escrito por Constanza Toquica, y si bien tampoco detalla fehacientemente el estudio de las corrientes religiosas, su aproximación al Barroco neogranadino constituye un aporte relevante para la historia colonial colombiana. Igualmente, a mi modo de ver, es el capítulo de toda la obra mejor estructurado y mejor respaldado en el empleo de las fuentes. Así, si bien podemos observar que los tres capítulos están bien escritos y son, cada uno por aparte, buenos, no satisfacen el objetivo de la obra.

Para la Independencia y el siglo XIX encontramos cuatro capítulos de elaboración muy dispar que conforman la parte más floja y carente de rigor de toda la obra. El

primero de ellos, escrito por la directora del libro, Ana María Bidegain, buscaba el estudio de las corrientes en la Iglesia neogranadina en el contexto de las reformas borbónicas y la emancipación política independentista. La autora admite que ese período no había sido estudiado por ningún miembro del ICER (Instituto Colombiano para el Estudio de las Religiones) y que “el trabajo que aquí presentamos es resultado de investigaciones anteriores, algunas de ellas ya publicadas” (p. 145). Resulta paradójico que la directora de una obra que se nos presenta como novedosa tenga que admitir que su capítulo no tiene nada de nuevo y que incluso recurre a textos que ya había publicado casi veinte años atrás.

En ese capítulo ella desea mostrar el papel jugado por diversas corrientes (jansenismo, galicanismo, fenobrismo y josefismo) en el proceso de emancipación neogranadina (p. 15). Sin embargo, es muy poco lo que se nos dice de estas corrientes, y en cuanto al estudio del papel jugado por ellas en la emancipación el texto tampoco avanza satisfactoriamente. Además, hablar de Nueva Granada en este capítulo es casi una ilusión, pues la autora se dedicó más bien a dar un panorama muy superficial de la Iglesia y de su papel en la Independencia en las colonias españolas y portuguesas, refiriéndose explícitamente a la Nueva Granada en muy pocas páginas. Es de anotar que la publicación de este capítulo obedece claramente a la necesidad de construir un puente, teniendo en cuenta la estructura lineal de la obra, entre el período colonial y el republicano, y no a la de ser un aporte tanto al objetivo del libro como a la historiografía colombiana, y en ese sentido es entendible el esfuerzo de la profesora Bidegain. Además, este capítulo presenta dos problemas, extensivos a la mayoría de la obra: el primero es la desactualización y el desconocimiento de trabajos recientes sobre la temática, pues la obra más reciente consultada por la autora data de los años noventa y Bidegain misma recurre a textos suyos publicados hace dos décadas. Un segundo problema es de tipo metodológico. Considero que en lugar de optar por el estudio cronológico cada autor debió estudiar directamente las corrientes y, a partir de allí, determinar, como lo indica uno de los objetivos de la obra, el contexto histórico en el que se manifestaron. Esto habría sido un aporte muy valioso a la historiografía colombiana.

La obra cae en su punto más bajo en los dos capítulos escritos por William Plata. La misión de este autor dentro del texto era explicar el desarrollo de tres corrientes religiosas del catolicismo: la utópica, la liberal y la tradicional e intransigente. Sin embargo, no se decide entre explicar las tres corrientes o hacer un resumen del desarrollo de la institución eclesiástica de la Iglesia católica y sus relaciones con el Estado y con la sociedad neogranadina desde la Independencia hasta finales del siglo XIX. Opta por las dos vías y los resultados son decepcionantes. Al abordar las corrientes, no las explica satisfactoriamente, y deja tan sólo enumerados algunos puntos que pudo profundizar. Por ejemplo, cuando trata la corriente utópica, a la que dedica apenas dos páginas de las más de cien de los dos capítulos,

hace un listado de siete puntos que serían de su interés. No obstante, ninguno de ellos es desarrollado en los textos (pp. 209-211). Igualmente, menciona a quienes considera partícipes de esa corriente, como el novelista Eugenio Díaz Castro, cuyas obras, muy pocas por cierto, emplea como fuentes. Pero, más allá de las denuncias sociales que podrían contener los textos de Díaz, no se ve cómo pueden ser vistos como manifestaciones de una corriente religiosa. Además, de este autor le faltó estudiar toda la obra y determinar si efectivamente el escritor de *Manuela* puede ser catalogado como integrante del catolicismo utópico.

La corriente del catolicismo liberal se diluye en las páginas de los dos capítulos. No hay pistas claras que nos indiquen qué fue esta corriente, quiénes la integraban, cuáles fueron sus postulados, cómo los difundieron, qué reacciones recibieron. En cuanto a la corriente intransigente, es la mejor trabajada de todas: le dedica un buen espacio del segundo capítulo, en especial las últimas páginas. Sin embargo, esa coherencia es resultado de que el autor retoma textos escritos por otros investigadores sociales e historiadores, como Fernán González y José David Cortés, que ya habían abordado la temática de la intransigencia dentro del catolicismo colombiano en el último cuarto del siglo XIX. La débil explicación de las corrientes elaborada por Plata no es nueva. Este problema viene desde la elaboración de su monografía de pregrado en historia, en 1997¹, cuando, según un reconocido balance historiográfico de los estudios religiosos en el país, en esa monografía Plata pasa, “sin explicaciones satisfactorias, a presentar las tres corrientes político religiosas de que trata: las del catolicismo tradicionalista, liberal y utópico”². El problema radica en que en los siete años siguientes el autor no corrigió las fallas argumentativas y, en cambio, reincide constantemente en los errores que especialistas en el tema le han mostrado.

Pero además de la floja explicación de las corrientes, Plata buscó hacer un resumen de la participación de la institución eclesiástica del catolicismo en la historia colombiana decimonónica. Por lo complejo de la temática, teniendo en cuenta que las múltiples reformas liberales afectaron a la citada institución y por el poco espacio con el que contaba, el resumen de Plata es muy superficial, pues trató de abordar muchos temas, complejos todos ellos, y dejó por fuera, sin explicaciones ni criterios claros, otros tantos. De igual forma, no llegó a elaborar argumentos satisfactorios. Veamos tan sólo unos ejemplos. En el primer capítulo, el autor quiere mostrar las reformas y los procesos históricos que afectaron a la institución eclesiástica en la primera mitad del siglo XIX. Sin embargo, aborda los temas ligeramente. Así, para la Guerra de los Supremos en un párrafo busca explicar los

¹ William Plata, “Corrientes político religiosas del catolicismo colombiano en el siglo XIX (1820-1860)” (tesis de pregrado, Bogotá, Universidad Nacional, 1997).

² Grupo de Investigación Religión, Cultura y Sociedad, *Historiografía sobre religión, cultura y sociedad en Colombia producida entre 1995 y el 2000* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2001), 21.

efectos que ella tuvo en la Iglesia, pero nunca explica las motivaciones religiosas que se manifestaron en el conflicto (pp. 200-201). En la expulsión de los jesuitas de 1850, a la que solo dedica un párrafo, ni siquiera alude a la explicación tradicional de dicha expulsión sobre la vigencia de la pragmática de Carlos III ni aventura otra explicación (p. 217). En cuanto a la reformas de mitad de siglo (1849-1853), referencia únicamente la supresión de diezmos, la elección de curas párrocos, la separación de las potestades y el matrimonio civil, dejando de lado aspectos importantes como el desafuero eclesiástico, la eliminación del derecho de estola, la libertad religiosa y la expulsión del arzobispo Mosquera, entre otros muchos. El problema radica en que Plata en su resumen no explica por qué seleccionó unos aspectos y desechó otros y sólo se limita a decir que hará “un breve recuento” de las reformas que afectaron a la institución eclesiástica (p. 216). Sin embargo, no creo que breve sea sinónimo de superficial y carente de rigor.

En el segundo capítulo escrito por Plata también encontramos aproximaciones superficiales a la temática estudiada. Por ejemplo, al aludir a las reformas emprendidas por Tomás Cipriano de Mosquera contra la institución eclesiástica entre 1861 y 1863, Plata cita cuatro: la desamortización, la supresión de comunidades religiosas, la tuición y la expulsión de los jesuitas en 1861. Toma las tres primeras, nunca explica por qué dejó por fuera la expulsión de los jesuitas y deja para el final la tuición, la cual, afirma, fue la que más polémica causó (p. 230). Sin embargo, paradójicamente, es el aspecto al que menos espacio le dedica. Más adelante, en el mismo capítulo encontramos la reforma educativa de 1870 y la guerra civil de 1876-1877, sobre las cuales tampoco hay explicaciones ni tradicionales ni novedosas, ni mucho menos satisfactorias.

Otro problema que caracteriza los capítulos escritos por Plata es el desconocimiento de bibliografía pertinente, ya sea clásica o reciente, sobre los temas que aborda. De esta forma se explicaría el porqué su escrito es tan débil y carece de argumentos sólidos. Por ejemplo, al hablar de la Guerra de los Supremos omite textos como los de Fernán González³; cuando hace alusión a la creación de los partidos políticos, recurre a obras secundarias y desconoce textos como los de Gerardo Molina⁴; al hacer referencia a la reforma educativa de 1870, no referencia una obra de obligada consulta, la de Jane Rausch⁵. Pero esto no es todo, hay muchos casos más. Por ejemplo, Plata desconoce lo que se ha producido en los últimos años en regiones del país como Antioquia, donde el grupo de investigación Religión, Cultura y Sociedad se ha encargado de estudiar, entre otros asuntos

³ Fernán González, *Para leer la política. Ensayos de historia política colombiana*, 2 t. (Bogotá: CINEP, 1997).

⁴ Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia*, t. 1, 4ed. (Bogotá: Tercer Mundo, 1975).

⁵ Jane Rausch, *La educación durante el federalismo: la reforma escolar de 1870* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo/Universidad Pedagógica Nacional, 1993).

ligados con el fenómeno religioso, las guerras civiles y de ellas su componente religioso. Igual sucede cuando alude a la creación de diócesis (p. 258) o a las misiones católicas (p. 272) y otros temas más.

Los anteriores no son los únicos problemas de los dos capítulos escritos por Plata. Encontramos en ellos información errada. Por ejemplo, afirma que el fundador del Partido Liberal colombiano fue Ezequiel Moreno (p. 205). Craso error. Plata confunde a Ezequiel Rojas –quien con su texto publicado en el periódico *El Aviso*, en 1848, explica por qué votaría por José Hilario López para presidente del país, determinó las directrices de la colectividad política–, con Ezequiel Moreno, sacerdote agustino recoleto que llegó a Colombia a finales del siglo XIX para encargarse del vicariato apostólico del Casanare y que después fue nombrado obispo de Pasto. Moreno es considerado uno de los adalides contra el liberalismo y uno de los sacerdotes que lo calificó como pecado. Este lapsus resulta más que paradójico: afirmar que el creador del partido liberal fue un cura español fanáticamente antiliberal⁶. En otra parte, Plata afirma que “es sabido que en el decreto de expulsión de 1850 [refiriéndose al extrañamiento de los jesuitas] se encontraban las firmas tanto de Azuero como de Manuel María Alaix [dos sacerdotes antijesuitas]” (p. 217). El decreto fue firmado por José Hilario López como presidente del país⁷. Aquí Plata, a pesar de que afirma que es sabido no indica ni da ninguna prueba al respecto, mostrando más bien desconocimiento de las estructuras organizativas de un Estado, pues atribuye a cualquier persona la firma de un documento oficial. En otro lugar afirma que el presidente del país que impulsó la reforma educativa de 1870 fue Santiago Pérez (p. 242), cuando el gobernante de turno y quien firmó el decreto fue Eustorgio Salgar. También llega a dar dos datos diferentes sobre un mismo aspecto en corto espacio: primero afirma que el Concilio Provincial Neogranadino se celebró en 1869 (p. 256) y luego que fue en 1868 (p. 257), año en que, en efecto, se realizó. Y, por último, un serio problema metodológico, pues al hablar de la supresión de comunidades religiosas en 1861 Plata recurre a la historia oral afirmando que “de acuerdo con entrevistas personales realizadas en el presente a miembros de algunas de estas comunidades...”, ellas determinaron que la exclaustación fue el peor momento de toda la historia (p. 230). No explica a quiénes entrevistó ni cuándo, pero tampoco

⁶ Para reforzar este lapsus paradójico veamos lo que referencia monseñor Ezequiel Moreno citado por Fernán González. En el testamento de monseñor Moreno éste ordenó colocar en su entierro un cartel que dijera que el liberalismo era pecado: “... deseo que en el salón donde se exponga mi cadáver, y aun en el templo durante las exequias, se ponga a la vista de todos un cartel grande que diga: EL LIBERALISMO ES PECADO”. Ezequiel Moreno, “Cartas Pastorales y Circulares y otros escritos” (Madrid), 595-596, citado por González, *Partidos políticos*, 165.

⁷ Juan Pablo Restrepo, *La Iglesia y el Estado en Colombia* (Bogotá: Banco Popular, 1987), 1: 586-589. El decreto era de fecha 18 de mayo de 1850 y fue publicado tres días después en la Gaceta Oficial.

deja ver cómo emplear la historia oral para un proceso histórico de hace casi 150 años. Así como estos problemas hay muchos más que nos obligan a cuestionar el rigor académico de los dos capítulos escritos por Plata.

Vemos entonces dos capítulos con muchos problemas: explicaciones poco satisfactorias sobre las corrientes religiosas, como ya lo habían señalado historiadores y reseñadores para otras obras de Plata; un resumen amplio pero superficial que desconoció obras pertinentes y fundamentales sobre algunos de los tópicos estudiados; inclusión y confusión de información errónea. Así, al leer los capítulos de Plata extrañamos textos como los de Fernán González o de Jorge Villegas, que si bien fueron escritos hace casi treinta años, nos brindan información más detallada así como explicaciones coherentes de la misma problemática que aborda Plata. De igual forma, estos capítulos nos cuestionan sobre uno de los objetivos de la obra, que era explicar la historia del país a partir de las corrientes religiosas⁸: ¿cómo pueden ser considerados como innovadores dos capítulos en los que se desconocen y hay un manejo tan deficiente tanto de las corrientes religiosas como de la historia y la historiografía colombianas del siglo XIX?

Para finalizar, Plata indica que la forma como la gente del siglo XIX entendía su vida estaba marcada por la polarización en un enfrentamiento entre la verdad y el error, el bien y el mal, la ciudad de Dios contra la de Satanás. Esto puede ser cierto, pues en una sociedad rural y mayoritariamente analfabeta esa era una forma sencilla de entender la vida. Pero otra cosa muy diferente es que un historiador como él, a comienzos del siglo XXI, emplee el mismo esquema explicativo y evite detallar los matices. Esto puede verse a medida que va mostrando las reformas que afectaron a la institución eclesiástica. Así, al hablar de la separación de las potestades afirma que “la disposición que mayor impacto causó en el medio eclesiástico fue la separación Iglesia-Estado” (p. 219); más adelante afirma que el 20 de julio de 1861 Mosquera firma “el primero de los cuatro controversiales y famosos decretos que marcaron ese año como el más ‘negro’ para la institución eclesiástica: la tuición de cultos” (p. 225); luego, al hablar de la supresión de comunidades religiosas, afirma que este fue “el peor momento vivido en toda su historia” –la de las comunidades– (p. 230). Y así vamos encontrando que cada proceso en el que se afectó a la institución eclesiástica fue el peor de la historia y

⁸ Una de las afirmaciones de Ana María Bidegain en la introducción es que “para poder desentrañar las corrientes que han conformado el catolicismo es necesario establecer y recuperar los procesos históricos en el tiempo y en el espacio donde se produjeron, pero también tratar de analizar las contradicciones, las rupturas y las continuidades que se generaron dentro del catolicismo colombiano en lo referente a las alternativas político sociales y a las opciones religiosas, en sus prácticas y discursos” (pp.18-19). Lo anterior nos indicaría la necesidad de conocer el contexto y la historia del país para entender a las corrientes religiosas pero también el conocimiento de esas corrientes nos permitiría explicar parte de la historia del país, lo que consistiría un aporte metodológico.

que ella fue la víctima de la tiranía liberal, que pretendía destruirla (p. 257). Puede que esto sea cierto, pero Plata no aporta pruebas y no contribuye a lo que historiadores clericales e institucionales ya han intentado mostrar: la supuesta persecución a la que fue sometida la institución eclesiástica por parte de los liberales y del liberalismo. Lo que encontramos de nuevo en Plata es el surgimiento de una historia neoclerical, neoconfesional y neoapologética. Consideramos, no obstante, que cada autor puede profesar, en el derecho que tiene, la fe que desee, pero ello no es óbice para que las *batallas por la fe* de un autor se nos quieran ocultar o disfrazar bajo el manto de la objetividad de las ciencias sociales y de la historia, tal como lo anuncia la directora de la obra en la introducción, al afirmar que todos los autores de la misma, sean o no creyentes, habían “aceptado la búsqueda de la objetividad mediante una subjetividad situada que permita el análisis crítico necesario para el trabajo científico desde la perspectiva de las Ciencias Sociales” (pp. 9-10). Por lo visto, creemos que lo escrito por Plata dista mucho de la búsqueda de objetividad y del trabajo científico de las Ciencias Sociales.

El capítulo que cierra el siglo XIX fue escrito por Javier Rodríguez y versa sobre los primeros intentos de establecimiento del protestantismo en Colombia. El autor parte de la tesis de que el liberalismo, como adalid de la modernidad, junto con la masonería, permitieron el nacimiento del protestantismo en Colombia durante el siglo XIX (p. 287). Esta tesis ya fue utilizada con éxito por el historiador Jean-Pierre Bastian para estudiar el caso mexicano⁹. Lo curioso es que Rodríguez no cita a Bastian, dando a entender con ello que esa tesis le es propia. A partir de allí, encontramos que el capítulo es la típica historia protestante donde se muestra al protestantismo, junto con el liberalismo y la masonería, como portadores de la modernidad, mientras que el conservatismo y la Iglesia católica son vistos como estandartes de lo retrógrado. Esto puede observarse cuando, al referirse a artículos publicados en el vocero radical *El Tiempo*, a mediados del siglo XIX, los calificó de anticlericales y de estar en contra de la Iglesia, pues impugnaban la participación de esta y “sus ideas atrasadas que pretendían sostener esa sociedad jerárquica y señorial” en la política. Lo anterior no significaba “que los radicales fueran irreligiosos, sino, al contrario, que poseían una alta ética y principios” (p. 294). Es decir, que los liberales, por defender al protestantismo y a la masonería y atacar a la institución eclesiástica de la Iglesia católica, poseían ética y altos principios. Hasta aquí no hay ningún aporte ni nada novedoso. Incluso, este capítulo presenta un problema que comparte con la mayoría de los que conforman el libro: su autor no se preocupó por actualizar ni por revisar detenidamente el texto antes de publicarlo. Esto se puede demostrar cuando se refiere a la publicación de “artículos protestantes por parte de *El Tiempo* el siglo pasado”,

⁹ Jean-Pierre Bastian, *Los disidentes: sociedades protestantes y revolución en México, 1872-1911* (México: Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 1989).

cuyos redactores eran todos radicales y masones (p. 318). Pero ¿a qué siglo se refiere Rodríguez?: al siglo XIX, lo que nos indica que su texto fue escrito por lo menos en la última década del siglo XX. Así, el autor no se molestó por revisar su texto antes de pasarlo a imprenta. Por último, lo curioso de este capítulo es que la directora de la obra lo mostró en la introducción como complemento de los escritos por Plata (p. 15). No obstante, no encontramos cómo se complementan, pues las visiones de los dos autores, sobre todo en lo concerniente al papel de los diversos actores, liberalismo, conservatismo e Iglesia católica, son antagónicas. Plata muestra como víctima a la institución eclesiástica, mientras que Rodríguez ve en ella un obstáculo de la modernidad. Y para este, moderno es el liberalismo, mientras que Plata ha dado a entender que ese liberalismo fue victimario de la Iglesia católica. Habría sido interesante una discusión académica entre ambos autores, de la cual los lectores habríamos salido beneficiados, pero ello no ocurrió, lo que no señala una de las limitaciones que tuvo la dirección de la obra.

Después del profundo bache de los cuatro capítulos dedicados al siglo XIX y en los que hemos invertido buen espacio, que lo ameritaba por presentar tantos inconvenientes, el libro se levanta en calidad en los capítulos dedicados al siglo XX. Los dos coescritos por María Teresa Cifuentes, sobre todo en el que se hace acompañar por Alicia Florián, son los mejor elaborados en cuanto al objeto de la obra, el estudio de las corrientes religiosas. De eso da cuenta la forma como se estudia el desarrollo de la acción social católica desde sus raíces europeas hasta las diversas formas como se manifestó en el país. El otro capítulo, donde muestra las corrientes del catolicismo frente a la guerra y la paz en el siglo XX, si bien no demerita en calidad, sí muestra el afán de que en el libro aparezca un texto que estudie el papel jugado por los católicos en los conflictos armados que han afectado y afectan a Colombia, por lo actual del tema de la violencia en el país. Ese afán puede notarse en que dejaron de lado obras, aunque recientes, pero con aportes valiosos, que ya se habían acercado a esa temática, como la de Michael Larosa¹⁰.

Los dos siguientes capítulos están dedicados al protestantismo, el primero de ellos, escrito por Pablo Moreno, aborda el protestantismo histórico y en él muestra amplio conocimiento de la bibliografía sobre el tema, tanto en América Latina como en el país. El manejo de las fuentes se relaciona con una región específica, el occidente de Colombia. Así, encontramos varios ámbitos –el regional, el nacional y el local– interrelacionados a partir de la forma como se cimientan las expresiones protestantes en zonas mayoritariamente católicas. El capítulo escrito por William Beltrán sobre el evangelicalismo y el movimiento pentecostal en Colombia constituye una historia rápida del desarrollo de esas dos tendencias en el país y de cómo tuvieron que confrontarse con las campañas antiprotestantes, hasta romper el

¹⁰ Michael Larosa, *De la izquierda a la derecha: La Iglesia Católica en la Colombia contemporánea* (Bogotá: Planeta, 2000).

monopolio religioso y dar paso con ello no solo al pluralismo sino también a la explosión de ofertas religiosas. Como texto introductorio a un problema más complejo, resulta suficiente; sin embargo, este capítulo y el de Moreno, como la mayoría de los que componen la obra que reseñamos, no se sitúan dentro de los objetivos propuestos en la introducción, pues si bien apuntan a dejar ver la diversidad religiosa en el país, no nos muestran cómo la categoría de corrientes religiosas, que comenzó a ser utilizada para estudiar el catolicismo puede también ser utilizada en otras denominaciones cristianas, según afirma la directora de la obra que se puede hacer (p. 11).

Concluamos. El libro, en su conjunto, no resiste una lectura crítica, pues incumple con lo prometido en la introducción: mostrar, estudiar y analizar las corrientes dentro del catolicismo y de otras denominaciones cristianas ni deja ver la diversidad como un factor importante en la historia del cristianismo en Colombia. Lo anterior se puede detallar en que varios autores no hacen alusión a las corrientes, pues pareciera que ese no fuera el interés de su investigación. Es claro que algunos de los capítulos que se presentaron en el libro hacen parte de investigaciones de mayor aliento como tesis de maestría o doctorado; no obstante, queda la inquietud de por qué no fueron revisados detenidamente y adaptados a los objetivos de la obra. En la misma tónica de lo expuesto en la introducción y de los objetivos propuestos, la obra es muy dispar. Tiene buenos capítulos, coherentes en su argumentación y con excelente manejo de fuentes para sustentar las afirmaciones de sus autores, pero no cumple con la presentación, el estudio y el análisis de las corrientes religiosas, que perfectamente podían haber sido incluidos en otro tipo de compilaciones sobre temáticas religiosas, sin que por ello tuviese que afirmarse que cumplirían con presupuestos específicos, como el de las corrientes religiosas. Hay otros capítulos, como el coescrito por Cifuentes y Florián, que cumplen a cabalidad con el objetivo de la obra. Pero también encontramos unos que no se acercan ni satisfactoriamente el estudio de las corrientes ni dejan ver en sus páginas síntomas de calidad académica y profundidad en sus explicaciones, como se ha referenciado con los relativos a la Independencia y el siglo XIX.

Esa disparidad en la obra es desconcertante pues en el primer párrafo de la introducción (p. 9) la directora afirma que la mayoría, no unos pocos, de los trabajos reunidos en el libro son resultado de investigaciones realizadas en la última década en espacios de reflexión común. Cómo entender entonces que en diez años de trabajo compartido no se hayan detectado los diversos problemas, algunos superficiales, otros muy profundos, que cada uno de los capítulos presentados en la obra nos dejan ver. Cómo entender que los autores no se hayan puesto de acuerdo en lo fundamental, pues una de las conclusiones al leer el libro es que la mayoría de ellos no maneja la categoría que supuestamente hilvavaría, desde el comienzo hasta el final, toda la obra: la de corrientes religiosas. Cómo

entender que en un trabajo colectivo ninguno de los autores haya leído los textos de los otros, de tal forma que en equipo hubiesen detectado, crítica y constructivamente, los problemas y las dificultades que presenta cada capítulo, tanto en los contenidos como en la forma de presentarlos, pues, por ejemplo, encontramos diversas maneras de citar, algunas de ellas incompletas, que confunden al lector. Además, no todos los capítulos aportan al final de ellos la bibliografía correspondiente. Cómo entender que en diez años de trabajo no se haya revisado exhaustivamente, como se mostró para varios capítulos, la bibliografía existente sobre las temáticas estudiadas, desconociendo parte de la producción reciente. En esencia, más que una obra dirigida, esta es una compilación, en la que cada autor aportó lo suyo, algunos con buenos resultados, otros con frutos muy decepcionantes. Por lo tanto, y para concluir, no creo que, en su conjunto y de acuerdo con lo indicado en su introducción, esta obra sea un aporte a la historiografía colombiana. Algunos capítulos por separado sí lo son. Otros, por el contrario, como los capítulos de Plata y Rodríguez, son un claro retroceso a lo que se ha venido estudiando sobre la temática religiosa en el país.

Bogotá, diciembre de 2006.

Bibliografía

Bastian, Jean-Pierre. *Los disidentes: sociedades protestantes y revolución en México, 1872-1911*. México: Fondo de Cultura Económica; El Colegio de México, 1989.

González, Fernán. *Partidos políticos y poder eclesiástico*. Bogotá: CINEP, 1977.

_____. *Para leer la política. Ensayos de historia política colombiana*. 2 t. Bogotá: CINEP, 1997.

Grupo de Investigación Religión, Cultura y Sociedad. *Historiografía sobre religión, cultura y sociedad en Colombia producida entre 1995 y el 2000*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2001.

Larosa, Michael. *De la izquierda a la derecha: La Iglesia católica en la Colombia contemporánea*. Bogotá: Planeta, 2000.

Molina, Gerardo. *Las ideas liberales en Colombia*. T. 1. Bogotá: Tercer Mundo, 1975.

Plata, William. "Corrientes político religiosas del catolicismo colombiano en el siglo XIX (1820-1860)". Tesis de pregrado, Universidad Nacional, Bogotá, 1997.

Rausch, Jane. *La educación durante el federalismo: la reforma escolar de 1870*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo; Universidad Pedagógica Nacional, 1993.

Restrepo, Juan Pablo. *La Iglesia y el Estado en Colombia*. T. 1. Bogotá: Banco Popular, 1987.